

tropas de Felipe, vióse por él obligado á convocar, para enero de 1593, los Estados generales del reino (1), de los cuales esperaba conseguir, por medio de excitaciones y amenazas, la eleccion de su hija como reina de Francia. El mismo Mayena concertó con el plenipotenciario español, el duque de Feria, un tratado en el cual, á cambio de grandes ventajas pecuniarias y territoriales, prometió apoyar los planes de Felipe. Ya se comprenderá que á la asamblea de los Estados solo concurren representantes de los distritos adictos á la Liga: un detalle dará á comprender cuánto habia cambiado la opinion pública, y es que de los miembros de la diputacion de Paris las dos terceras partes eran *políticos*. Además, á pesar de los esfuerzos del embajador español y del legado del Papa, los dos estados seglares, de los cuales el de la nobleza solo contaba veinticuatro individuos, se mostraron enteramente dispuestos á entrar en negociaciones con el Bearnés, con tal que éste abrazara el catolicismo. Los españoles comprendieron la necesidad en que se encontraban de hacer esfuerzos supremos para quedar dueños de la situacion; así es que el duque de Feria ofreció mantener 40,000 mercenarios extranjeros y entregar además una cantidad considerable si se reconocia por reina de Francia á la infanta Isabel.

Enrique IV creyóse obligado á evitar que los Estados tomaran tal acuerdo, aun cuando para ello hubiera de hacer un gran sacrificio personal.

En medio de las fanáticas luchas religiosas de esta década, fbase formando paulatinamente, con sorpresa é indignacion de los contemporáneos, un núcleo de personas que, fuese por indiferentismo religioso, fuese por verdaderos sentimientos de humanidad, comenzaron á profesar ideas de tolerancia. Eran estas personas, en su mayor parte, sabios, distinguidos hombres de Estado, y aun obispos. El mas despreocupado é indiferente de este núcleo era el mismo Enrique IV que acostumbraba á tener á su alrededor á aquellas personas y á protegerlas contra las hostilidades de los protestantes y de los mismos católicos (2). En la licenciosa corte de su antecesor, habia olvidado muy pronto los preceptos de devocion severa que le habia enseñado su madre. Su naturaleza física, su aficion á los placeres, su corazon fácilmente inflamable y su condicion burlesca y sarcástica, le apartaban de la religion, de suerte que, á lo mas, encontramos en él un deísmo indeterminado y una creencia acomodaticia en la direccion y gobierno del mundo por la Divina Providencia, pero no una fe confesional. El pundonor y el horror que le inspiraba la hipocresía eran las causas principales que le movian á no acceder á los deseos, esperanzas y continuas instancias de la mayoría católica de los franceses, pasándose á su religion. Un hombre noble repugnaré siempre el comprar con una mentira solemne unas ventajas materiales (3). Pero, en vista de que era de temer un rompimiento con aquella mayoría, decidió dar el paso que tanto le repugnaba y declaró públicamente que queria que algunos teólogos y obispos le instruyeran en la religion católica.

(1) Las negociaciones del embajador español Feria con los Estados generales liguistas de 1593, se encuentran, tomadas de las mismas actas, en los *Commentarii* de Tassis, libro VIII, 519.

(2) Véase mi memoria *Enrique IV y la Iglesia católica*, en la obra citada, página 78.

(3) La opinion de Sismondi, de Stählin (*La conversion de Enrique IV*, página 147) y de otros de que Enrique en 1589 no se habia aun pasado al catolicismo porque lo consideraba inútil, no es aceptable, pues de haber procedido así, hubiera podido reunir un gran ejército, continuar el sitio de Paris y salir probablemente bien de su empresa, pero esperaba que, aun sin dar aquel paso, podria llevarla á feliz término, y no se resolvió á hacer el sacrificio hasta que la intervencion energética de España le quitó toda probabilidad de triunfo.

Esta manifestacion de Enrique se vió tan claramente que era hija de motivos puramente políticos, que no produjo impresion alguna; y los Estados generales declararon que solo podrian prestar homenaje al «rey de Navarra» si el Papa se dignaba concederle su gracia. Enrique sin embargo consiguió que los Estados rechazaran las pretensiones que tenia España sobre el trono de Francia, y el mismo Mayena, á pesar de las promesas hechas á Felipe y de aceptar constantemente el dinero de éste, trabajó en Roma y en Paris por su propia cuenta para ceñir la corona francesa, siendo de observar que el duque se mostró mas libre é independiente respecto de España, desde que no sintió sobre sí el peso de la influencia y del prestigio de Alejandro Farnesio (4). El pueblo de Paris, extinguido su furor revolucionario con la disolucion del Consejo de los diez y seis, cansado de un largo bloqueo y convencido de los verdaderos móviles que guiaban á España y á los caudillos de la Liga, deseaba vivamente firmar un armisticio con Enrique IV. Mostrábase además en extremo disgustado con los españoles á quienes enviaba al diablo y no se pasaba dia sin que ocurrieran colisiones entre la plebe y los soldados de España (5).

Entonces apareció aquella muestra de sátira política «La sátira Menipea», que hizo en la opinion pública mas daño á los liguistas que la pérdida de una batalla. Los mismos adversarios admiraron la gracia y la elegancia de estilo de aquel folleto digno de admiracion, que aun tiene su eficacia en nuestros dias (6). En él se celebraba la alta virtud del *catolicon* español (retruécano que significaba tambien un purgante de uso universal del mismo nombre), el cual consiente, al que de él va provisto, invadir los territorios enemigos, saquearlos y devastarlos, y aun ser recibido amistosamente por los mismos perjudiciados (7): medicina, en fin, que hace aparecer como correligionarios á los infames, y que tiene otra porcion de propiedades admirables. En aquella sátira se retrata de un modo gracioso á la par que terrible á los Estados liguistas y á sus principales caudillos, aquellos «príncipes loreneses y embajadores de España, Flandes, Nápoles y de otras ciudades de la Liga» (pág. 43). Luego se presentan uno tras otro los *católico-liguistas* y se les hacen descubrir los deseos y las opiniones secretas y criminales que ocultaban bajo la capa de un celo religioso, siendo el de Mayena el que sale peor librado, pues se le hace decir que habia huido de Ivry por no encontrarse y por no mirar cara á cara al excomulgado «bearnés» y no ser á su vez excomulgado (pág. 76). Con duras palabras, se le echa en cara (pág. 151): «que deja creer al rey de España que guarda para este y para su hija el trono de Francia, y con tal engaño saca al buen hombre todo cuanto podrian producir las Indias y el Perú.» Los mismos españoles son tambien objeto de burla (pág. 299):

«Dios mio! ¡Cuán rubios y bien recibidos
son vuestros ducados!
Procurad proporcionárnoslos siempre
semi-moros, semi-monos,
sacados de vuestras amarillas arenas.»

De esta suerte, la sátira profetizaba á los castellanos que, en definitiva, dejarían en Francia su sangre y su dinero, cosa con la cual ciertamente no contaban.

La mayoría de los Estados se declaró favorable á la proposicion en virtud de la cual se elegiria rey de Francia á un príncipe francés que se casara con la infanta; pero habiéndose negado á esto los españoles, exigiendo que Isabel fuese

(4) Cabrera, IV, 29.

(5) L'Estoile, II, 150.

(6) De Thou, libro CV.

(7) Edición de Read, Paris 1876, página 36.

elegida reina, como nieta de Enrique II, y manifestando que luego podria dársela por esposo al archiduque Ernesto ó al joven Carlos de Guisa, el Parlamento protestó con energía contra aquella violacion de las leyes fundamentales de la monarquía (junio de 1593) y amenazó castigar con severas penas á cuantos en tales empresas tomaran parte. Desde entonces, los Estados se negaron á tomar acuerdo alguno definitivo por lo que á la eleccion de rey se referia hasta tener dispuesto un fuerte ejército con que sostener la lucha. De esta suerte, la eleccion quedó indefinidamente aplazada.

Enrique se apresuró á utilizar circunstancias tan favorables, firmando con la ciudad de Paris un armisticio, para preparar convenientemente su solemne conversion que debia tener efecto en San Dionisio. No hay que hablar de conviccion, porque no la tenia; habia empleado los dos meses que habia pedido para reflexionar, en cuidar del sitio de la capital. Su instruccion en las doctrinas católicas no duró mas que una mañana: el canciller y el obispo de Chartres le invitaron á no perder tiempo haciéndole la observacion de que «podia tranquilamente entrar en la religion sin hacer gasto alguno teológico.» Despues Enrique dió el «paso peligroso», segun escribió en burla á su querida, Gabriela d'Estrees (la hermosa Gabriela), pues, en presencia de un gran número de parisienses, á quienes los sacerdotes habian prohibido en vano tal excursion, fué recibido en la comunión católica, en San Dionisio, por el arzobispo de Brujas (25 de julio de 1593.)

Enrique sabia perfectamente las ventajas que le reportaria aquel paso, pues la mayoría de sus adversarios en Francia esperaban solo aquel pretexto para acabar con los disturbios y los males de una guerra civil y entrar en un período de paz, bajo el amparo de la monarquía legítima. Los mismos reformados de dentro y fuera de Francia, á pesar de haber procurado impedir tumultuosamente la «apostasía» de Enrique, y de haberla condenado y censurado, no pudieron abandonar á su rey. ¿Dejaba éste, por ventura, de ser su adalid y su protector contra la reaccion ultramontana? ¿no seguia, acaso, siendo el centro de resistencia contra Felipe de España y contra la Liga? Además, pronto reconocieron que la conversion de Enrique les habia sido provechosa, pues aumentaba las probabilidades de éxito en la guerra que contra la Liga y España sostenian.

Cierto que el rey no pudo ni quiso atraerse con su conversion al partido católico fanático, que exigia de él, segun costumbre de la curia, que reconociera ser condiciones indispensables para obtener la real dignidad la conversion y la absolucion de la Santa Sede que le habia excomulgado. Con esto hubiera Enrique reconocido en el Papa el derecho de poner y quitar reyes, desapareciendo por completo, en su consecuencia, toda la independencia de la monarquía francesa; pero Enrique no consintió en tal cosa, antes bien prefirió continuar la guerra contra la Liga, teniendo á su lado, en este punto, á la mayoría de los obispos franceses (de 118, 100). Contentóse, pues, con poner en conocimiento del Papa lo acontecido, y enviarle un embajador con la declaracion de obediencia del «rey cristianísimo.» El papa Clemente VIII, con ser muy benigno personalmente, y con no merecer la calificación de «español», no quiso desautorizar á su predecesor y manifestó que un simple obispo no era bastante para levantar una excomunion que solememente habian confirmado varios Papas. Se negó, pues en pleno Consistorio á reconocer como rey de Francia á «Enrique el Bearnés» y excitando á los súbditos de este á que continuaran su rebelion (15 de enero de 1594).

Parecia, pues, que habia estallado un rompimiento definitivo entre el rey y el Papa; pero no fué Enrique quien per-

dió mas. El partido galicano, aquel que siempre habia reclamado cierta independencia respecto de la Santa Sede, habia ido constantemente adquiriendo gran número de adeptos entre las clases acomodadas, el alto clero y el Parlamento; los males de la guerra civil habian hecho que el pueblo ingresara en sus filas y el mismo Enrique IV se puso valerosamente á su cabeza. Muchos libros escritos por católicos hablaban ya de una alianza general de los príncipes temporales contra las usurpaciones del Pontificado y de la celebracion de un concilio ecuménico que pusiera fin á todos aquellos abusos. El poder político de los sacerdotes, segun se decia en otro folleto escrito por un católico, era altamente funesto para los pueblos y debia desaparecer por completo.

Estas opiniones ganaban cada dia mayor terreno en la opinion pública. Hasta fines de 1593, los individuos que componian la asamblea de los Estados, dudando del buen éxito de sus tareas, fueron abandonando uno tras otro la capital. El centro de Francia, la Provenza, la católica Lyon, Ruan, situada al extremo opuesto de la nacion, y otras grandes ciudades de la Normandía se sometieron, durante los primeros meses de 1594, al rey legítimo. En Paris mismo, ocurrieron graves disputas entre los liguistas y los *políticos*, bien que cada dia con mayor ventaja de estos últimos. Cierzo que el duque de Feria habia hecho jurar en julio de 1593 á Mayena, á todos los individuos de la familia de los Guisais y á los caudillos de la Liga que constantemente defenderian las creencias católicas y que nunca se someterian al de Navarra (1); pero la inmensa mayoría del pueblo de Paris tenia á la sazón una idea muy distinta de los intereses del catolicismo, y el vulgo decia en alta voz que, pues Enrique habia abrazado las verdaderas creencias, lo reconocia como soberano. Celebrábanse ya reuniones en las cuales se exigia con violenta energía que se pusiera fin á la miseria y carestía de la ciudad sitiada por medio de un tratado con el monarca; los mismos inspectores de barrio tomaron parte en esas tumultuarias peticiones, y Mayena y su Parlamento se vieron obligados á prohibir, bajo pena de muerte, que se reunieran mas de seis ciudadanos en los lugares públicos y que se hablara irrespetuosamente de la santa Liga. Asimismo dispusieron que todos sus adversarios saliesen de la ciudad. Sin embargo, estas medidas, como se deja comprender, sirvieron con el tiempo tan poco, como el hecho de que los sacerdotes y frailes se presentaran armados y redoblaran la energía de sus rudas peroraciones, que poco á poco iban perdiendo su influencia (2).

Por fin, el gobernador de Paris, Brissac, dió el golpe de gracia. Seducido por las brillantes promesas del rey y honrado con la confianza ilimitada de Mayena, aprovechó la ausencia de éste para dejar entrar secretamente en la ciudad, en la mañana del 22 de marzo de 1594, á Enrique con 6,000 hombres. Paris cayó, pues, en poder de Enrique IV sin que se derramara una sola gota de sangre. El duque de Feria pudo salir libremente de la capital con sus 3,000 soldados, y Enrique, mientras estos desfilaban delante de él, por la puerta de San Dionisio, les dijo: «Saludad á vuestro señor; buen viaje, pero no volvais nunca.» Por lo demás, en esta ocasion mostró tambien sus buenos sentimientos, que entonces eran hijos de la prudencia: ninguna ejecucion turbó el general contento con que Paris saludó la terminacion de todos sus males y la reconciliacion de la capital con la monarquía nacional.

Despues de la toma de Paris, que ya entonces era la ciudad que servia de norma á la Francia y que indudablemente

(1) Tassis, lib. VIII, página 540.

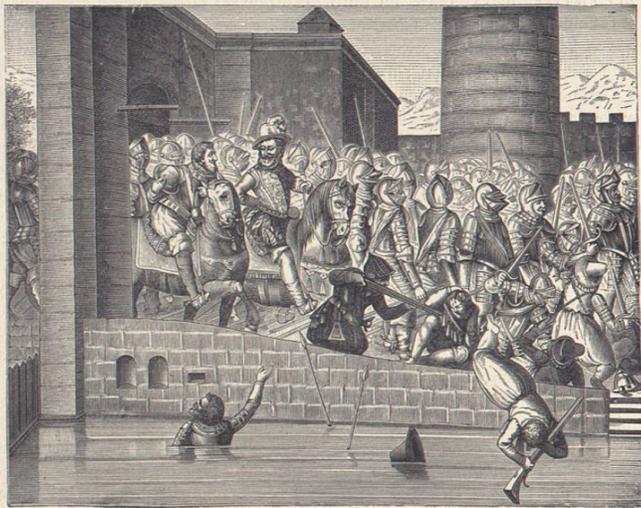
(2) L'Estoile, II, 162, 197, 209.

constituía el mas fuerte baluarte de la Liga, la sumision de las comarcas, ciudades y magnates liguistas todavía rebeldes, fué cuestion de poco tiempo. En efecto, el rey hizo nuevos progresos durante el año 1594, y se le sometieron en diciembre, Reims, la capital de la Champaña, y el jóven duque de Guisa, hijo del cari-cortado, asesinado en Blois, el mismo en quien habia puesto los ojos Felipe II para hacerle esposo y partícipe del trono de su hija Isabel.

Dos grandes principios se habian puesto frente á frente: el monárquico y el religioso, y ninguno de los dos habia conseguido vencer por completo al otro, y de aquí que llegaran por último á un acuerdo que, dejándolos subsistentes, los reconciliara entre sí. El rey legítimo de Francia, el caudillo de los hugonotes y de los *políticos*, á quien la Liga se habia comprometido á no reconocer, habia sido reconocido

como soberano por la inmensa mayoría de la nacion, y era, por tanto, realmente el único rey de Francia; mas para serlo habia tenido que someterse á la exigencia de la Liga de que solo un católico fuese rey del país, con lo cual, si no expresa y solemnemente, á lo menos de hecho, habia aprobado y en cierto modo legalizado la resistencia que hasta entonces le habian opuesto sus adversarios. Así se habia conquistado la paz. Una tentativa de asesinato que, instigado por los jesuitas, quiso ejecutar un tal Chastel en la persona del rey, trajo como consecuencia el destierro de los jesuitas de la mayor parte de los territorios del reino.

Pero de esta lucha, en que tantos elementos habian tomado parte, resultaron tambien algunos vencidos; tales fueron la democracia, Felipe II y el ultramontanismo. El principio democrático, tan íntimamente enlazado con la Liga, habia



Entrada de Enrique IV en Paris

(Facsímile de un grabado en cobre titulado: «Reduccion milagrosa de Paris á la obediencia del Cristianísimo rey Enrique IV, y cómo Su Majestad entró por la Puerta Nueva el martes 22 de marzo de 1594.—N. Bollyer pinxit; Jean le Clec excudit.»)

sido completamente derrotado, y la facilidad con que las grandes ciudades lo arrojaron de su seno, demuestra cuán pocas raíces habia echado en el corazon del pueblo francés.

Felipe II habia empleado en vano, en los asuntos de Francia, todos sus cuidados é intrigas, la sangre de sus mejores soldados, la vida de sus mas expertos generales, y cuantiosas sumas de dinero. En esta empresa habia sido vencido del mismo modo que en Inglaterra y que en el Norte de los Países Bajos. Habia querido abarcarlo todo al mismo tiempo y todo le habia salido mal. La nacion española y su astuto é infatigable soberano comenzaron á ser objeto de la burla y del desprecio de toda Europa; pues á medida que sus planes fracasaban iban disminuyendo los medios de que disponia. Mientras las Provincias Unidas de los Países Bajos libres aumentaban todos los años sus territorios á costa de los Países Bajos españoles y mientras se robustecian con el concurso de sus libre-pensadores, ricos comerciantes é industriales y se enriquecian con el saqueo de las flotas mercantes y de las colonias españolas, siendo su estado, á pesar de la guerra, cada día mas floreciente y mas fuerte, las «provincias obedientes» se encontraban en la situacion mas triste. Sometidas al despotismo político y religioso, incomunicadas por mar, mediante la vigilancia de la poderosa marina de

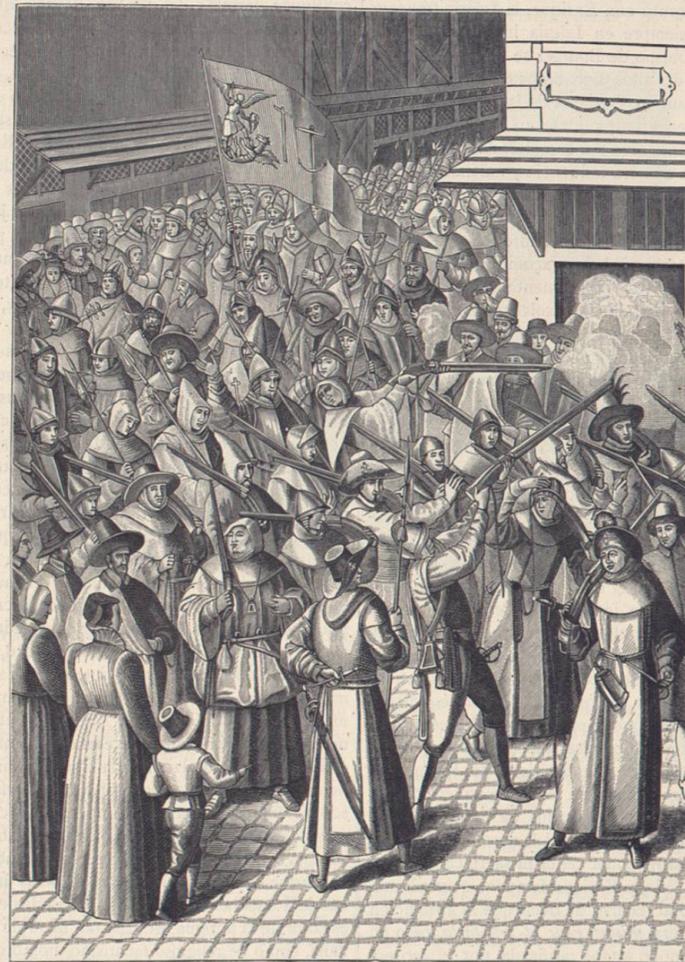
Inglaterra y de Holanda, esquilmas por las continuas exigencias pecuniarias de la dominacion extranjera, perdian cada día mas en bienestar, su poblacion, é importancia material é intelectual. Las tropas españolas, á quienes hacia años no se les daban sus bien ganadas pagas, se amotinaban de continuo y eran un peligro para las comarcas que habian de proteger y á las cuales en vez de proteger saqueaban para cobrarse de un modo ó de otro sus salarios. El archiduque Ernesto, hermano del emperador Rodulfo, nombrado por Felipe gobernador general de los Países Bajos, hombre de naturaleza y carácter débiles, siempre en lucha con los españoles que le rodeaban, en nada mejoró tan triste situacion y falleció al año de desempeñar aquel cargo, que era muy superior á sus fuerzas.

No le fué mejor á Felipe con su tercer enemigo, con Inglaterra: la tentativa que hizo para envenenar á la reina Isabel, valiéndose del médico portugués de ésta, fracasó, y en vista del mal éxito de los medios ocultos quiso emprender una nueva guerra franca y noble, aprestando para ello en el puerto de Cádiz una escuadra destinada á apoyar á los rebeldes irlandeses. Pero antes de que terminaran los preparativos, se presentó repentinamente delante de Cádiz una escuadra anglo-holandesa con tropas inglesas á las órdenes

del conde de Essex. Despues de una pequeña y afortunada lucha contra los buques de guerra españoles, los barcos aliados penetraron en el puerto, se apoderaron de la escuadra enemiga, la echaron á pique, saquearon aquella rica ciudad y la entregaron por fin á las llamas (agosto de 1596). El botin que consigo se llevaron los ingleses se calculó en 20 millones de ducados, elevándose á mucho mas el valor de lo destruido por el fuego.

Este acontecimiento que puso claramente de manifiesto á

los ojos de Europa la completa ruina del poder marítimo de España, produjo profunda impresion en el ánimo de Felipe: ¡los odiados enemigos á quienes habia querido destruir se atrevian á desembarcar en España y á saquear su puerto mas importante! De este ultraje quiso tomar pronta venganza, á cuyo fin con el oro que aquel año recibió de Méjico y del Perú, aprestó una nueva escuadra que durante el otoño de 1596 se hizo á la vela hácia Irlanda; pero al déspota español le era mas fácil construir buques que encontrar excelentes



Procesion de la Liga, parte de un grabado en cobre contemporáneo

marinos que los tripularan. Así es que apenas hubo salido la escuadra del puerto del Ferrol, sucumbió á impulsos de una horrible tempestad que causó daño á casi todos los buques y que sepultó en el fondo del mar á una tercera parte de ellos con cinco mil soldados. El resto de la armada se refugió en la rada. Felipe recibió con tranquila calma tan infausta nueva. ¿Puede considerarse como una virtud la impasibilidad de aquel soberano que, seguro en su gabinete, enviaba á morir con la mayor indiferencia á millares de sus súbditos?

Así se disiparon en los Países Bajos, en Inglaterra y en Francia los ambiciosos sueños de Felipe, que presencié ade-

más la derrota de su mejor aliado y servidor, el partido fanático ultramontano eclesiástico.

Cada vez se dejaban sentir con mayor intensidad las dificultades que al Pontificado creaba la tirantez de relaciones con Francia (1). El rey podia considerar ganada su causa con el reconocimiento del Papa como sin él, pues habia sido solemnemente aceptado en el seno de la Iglesia y estaba reconocido por las diez y nueve vigésimas partes del pueblo francés. Enrique nombró á los obispos que debian ocupar

(1) Véase mi obra *Enrique IV y la Iglesia católica*, página 85.

las sillas vacantes, y entonces el Papa se encontraba en una situación muy desventajosa. A propuesta del procurador general del rey, el Parlamento de París prohibió que nadie se dirigiera á Roma para obtener un beneficio eclesiástico, ordenando que la investidura y confirmación de estos beneficios, que, según el Concordato, correspondían á la Santa Sede, fuesen dados por los arzobispos y obispos franceses, ó por el Parlamento si estos se negaban á ello. Esta disposición fué rigurosamente cumplida, quedando, por tanto, el Papa excluido del «cristianísimo reino» y siendo de temer que si no se reconciliaba pronto con Enrique, la Iglesia francesa se constituyera para siempre en Iglesia independiente de Roma, pues ya el arzobispo de Bourges se atrevió á presentar, en una asamblea de altos dignatarios eclesiásticos, una proposición para instituir un Patriarca de la Iglesia nacional galicana. Además de esto, atormentaba á Clemente VIII el hecho de encontrarse sometido por completo á los españoles, que ejercían en Roma abusiva influencia y amenazaban á la Santa Sede cada vez que el Papa quería sacudir su influjo. El presidente de la Rota, Monseñor Serafin, á quien el Papa profesaba singular aprecio, decía: «Padre Santo, Clemente VII perdió la Inglaterra por haber excomulgado con harta precipitación á Enrique VIII, y Clemente VIII perderá la Francia por titubear demasiado en absolver á Enrique IV.»

Por eso Clemente VIII deseaba en el fondo de su corazón vivamente que se presentara una ocasión para reanudar sus relaciones con Enrique, á quien por último exigió que enviara á Roma un nuevo embajador. Enrique envió como tal, á Jacobo Davie Du Perron, obispo de Evreux, prelado ambicioso, sabio y elocuente, que supo exponer con habilidad y firmeza los propósitos del rey de crear una Iglesia galicana independiente. Según práctica constante que en tan tristes casos se seguía en Roma, el Papa se contentó con salvar las apariencias, y accedió á todos los deseos de Enrique. Ninguna obligación se impuso á este en lo tocante á los hugonotes, exigiéndose solo de él que llevara una vida religiosa, que fundara conventos, que introdujera ciertas ceremonias religiosas, que restableciera el culto católico en el Bearn y que educara católicamente al príncipe de Condé. El rey prometió además publicar los decretos del concilio Tridentino, en cuanto no perturbaran la tranquilidad del país, condición cuya vaguedad supo después aprovechar hábilmente. El Papa, á pesar del afecto que profesaba á los jesuitas y de las apasionadas declamaciones de los enemigos de Enrique en Roma, no pudo conseguir nada en favor de aquella orden, cuyos individuos habían sido expulsados de Francia (1). El punto más difícil era el que se refería á la absolución del rey, en lo cual el Papa creía no poder ceder ni sacrificar las prerrogativas de la Santa Sede, y Enrique tampoco quería humillarse. Por fin se apeló al recurso de decir que la absolución dada por los obispos era *minus recte et refofacta*, pero no nula, y que en cierto modo estaba ratificada por el reconocimiento tácito que la Iglesia había hecho de los actos realizados desde entonces por el rey. De este modo la Santa Sede salvó el principio que defendía, sin rechazar la excepción. De la influencia de la excomunión y de la absolución sobre los derechos civiles de la monarquía no se habló una palabra (2). Después de tales concesiones el rey aprobó las pomposas y solemnes formas de la Curia. A Clemente VIII se le permitió que hablara al rey como un padre y un caballero á su pecador contrito y que golpeará las espaldas de los

(1) Enrique IV á Believre, 16 de marzo de 1595; Halphen, *Cartas inéditas de Enrique IV*, página 159.

(2) Todas las actas referentes á la absolución, especialmente la Bula absolutoria de 17 de setiembre de 1795, las encontramos en las *Cartas y negociaciones de Du Perron* (París 1633), I, 2, 86.

procuradores franceses con una férula, pero tan suavemente como si «una mosca se posara sobre sus vestidos.»

El triunfo aparente era del Papa, pero en realidad quien lo había obtenido era el rey, el cual, sin hacer gran sacrificio, consiguió que su catolicismo fuese reconocido por el más alto dignatario de la Iglesia. Esto arrebató á los liguitas el último pretexto, de suerte que los franceses que estaban alzados en armas no fueron ya más que rebeldes aliados con los enemigos del reino.

Hacia algún tiempo que Enrique, envalentonado por las continuas derrotas del rey de España, quería demostrar á este que era realmente el señor de Francia y que no se le combatiría impunemente: para esto le declaró la guerra en enero de 1595. Dirigióse, pues, á Borgoña, reconquistada en su mayor parte, contra Mayena, y cuando el general español Velasco se aprestaba á auxiliar á los liguitas, le derrotó con fuerzas inferiores en Fontaine-Françoise. Entonces el de Mayena, que no se distinguía por la firmeza de su carácter, creyó prudente comenzar las negociaciones con el victorioso Bearnés, sin tener para nada en cuenta el juramento que había prestado al monarca español. Enrique, por su parte, estaba dispuesto á lograr, aun á costa de grandes sacrificios, el restablecimiento definitivo de la paz interior; así es que en 1596 firmó con Mayena, en Folenbray, un tratado encaminado á poner término á la Liga. El rey no solo se comprometió á dar al olvido todos los delitos y faltas políticas, cometidas durante los últimos sucesos, sino que asignó cien mil ducados á cada jefe de la Liga, les puso al frente de gobiernos, les dió el mando de fortalezas, etc., etc. Cien millones de libras costó á Enrique IV la sumisión y pacificación de los caudillos de la santa Liga; y mientras dejaba sin recompensa, pues no conocía el agradecimiento, á sus mejores amigos y servidores, no titubeó en colmar de favores á sus mayores adversarios, cuando le pareció que esto podía reportarle utilidad. De aquí que con razón se dijera que no eran los servicios sino la enemistad el mejor camino para obtener el favor de Enrique. Algunos escritores contemporáneos y posteriores han querido equivocadamente hacer aparecer su conducta como hija de la bondad, cuando en realidad nacía de la política y del interés del Estado, sin que para nada entraran en ella consideraciones de moral privada ó de magnánimo sentimentalismo. Ciertamente que entonces eran algunos sacrificios tanto más necesarios, cuanto que el ejército español, á pesar de la apurada situación en que se encontraba en los Países Bajos, conservaba todavía su superioridad sobre el francés. Los audaces ímpetus de la caballería francesa, pues la infantería valía muy poco, se estrellaban ante las inexpugnables líneas de los veteranos y fuertes tercios españoles que en tantas victoriosas batallas habían seguido la bandera encarnada y amarilla. El conde de Fuentes, general español de la antigua escuela, tan lleno de arrogancia castellana, como de religioso fanatismo, hombre decidido, hábil y de escrupulosidad espartana en la elección de sus medios políticos, conquistó á Le Castelet, derrotó y mató al almirante Villars y se apoderó de Doullens y de la importante y rica Cambray (1595). Durante el siguiente año los españoles hicieron muchos progresos, cayendo en sus manos Calais, Ardres y hasta Amiens.

De suerte que, á pesar de la victoria conseguida bajo el punto de vista de la política interior, la situación de Enrique no era muy agradable. Los gastos que importaron la guerra contra la Liga y los tratados con los jefes de esta, habían esquilado la hacienda francesa. El pueblo, arruinado por la guerra civil, no podía satisfacer las contribuciones y se quejaba de ellas públicamente; solo los atrasos de la contribución territorial ascendían á unos 20 millones de libras. Los

funcionarios de la hacienda y de los impuestos causaban al Estado toda clase de perjuicios; los magnates se hacían poco menos que independientes en los gobiernos que conforme á los tratados les habían sido concedidos; y los protestantes estaban descontentos porque el rey vacilaba tanto tiempo en darles las libertades y garantías prometidas. ¡Por todas partes dificultades! Claro es que la mayor parte de la culpa la tenía Enrique, en quien la felicidad había ejercido una influencia funesta y enervadora. Las fiestas y regocijos de la capital y sobre todo los amores con la bella Gabriela de Estrées, le hicieron olvidar la guerra más de lo que debiera,

hasta el punto de que su popularidad fué menguando, de que se publicaron poemas satíricos contra él y de que se imprimieron libelos contra su persona y las de sus amigos y servidores.

Por fin, recogió todas sus fuerzas y exclamó: «Ya he jugado bastante á rey de Francia; ahora es preciso volver á ser rey de Navarra.» Sin embargo la reconquista de Amiens fué debida, más que á los esfuerzos de Enrique, á la falta de dinero en que se encontraron los españoles.

Lo principal era sin embargo que Felipe II, vencido por la edad, por sus enfermedades y por su desgracia, se vió obli-



Salida de la guarnición española de París
(Facsimile de un grabado en cobre, titulado: «Cómo Su Majestad, estando en la puerta de San Dionisio, vió salir de París las guarniciones extranjeras que el rey de España tenía allí.»)

gado á hacer proposiciones de paz al odiado «Bearnés;» la suerte, que de algunos años á aquella parte se había mostrado tan propicia á Enrique IV, también le favoreció en esto.

CAPITULO X

ESPAÑA AL TERMINAR EL REINADO DE FELIPE II

Ruina del partido del de Eboli.—Proceso de Antonio Perez.—Levantamiento en Aragón.—Felipe como defensor de la Iglesia.—Sumisión del Papado por Felipe II.—El último Ministerio de Felipe II.—Sistema de gobierno del anciano Felipe II.—Impopularidad de Felipe II.—La literatura.—La Inquisición.—El ejército.—Ruina de la hacienda española.—Absurda legislación económica.—Decadencia de la economía popular en España.—Decadencia de España y de sus posesiones.—El infante Felipe.—Muerte de Felipe II.—Resultados del gobierno de Felipe II.

La posteridad se ha imaginado el gobierno de Felipe II como producto de una completa uniformidad y de un sistema inalterablemente seguido, bajo la dirección del sombrío y tiránico huésped del Escorial. Y sin embargo no es así; Felipe no dominaba por completo, ni por completo podía librarse tampoco de los esfuerzos, pasiones, amor y odio de los hombres de quienes se servía. La naturaleza y las opiniones de los partidos que sucesivamente ejercían influencia en su ánimo impusieron un sello especial á su política.

Este rey fué constante é incansablemente, desde los primeros días de su gobierno, el defensor de los intereses cató-

licos y de la grandeza de España, convicciones que estaban fuertemente arraigadas en su conciencia; pero durante los veinte primeros años de su reinado se mantuvo á la defensiva: «desde el comienzo de su reinado hasta hoy, escribía en 1576 el veneciano Lorenzo Priuli (1), ha mostrado Su Majestad Católica tendencias á conservar en sus Estados la paz y á no aumentarlos por medio de la guerra, pues es de condición tranquila y enérgica.» En cuanto pudo, firmó tratados de paz con el Papa y con Francia y procuró permanecer en buenas relaciones con Inglaterra (2), interviniendo con poca eficacia en las luchas entre los Guisas y los hugonotes. Aun en lo que se refería á los amotinados Países Bajos, se dejó arrastrar, solo durante algunos años, por los ímpetus del duque de Alba, recurriendo luego á medios más suaves, y á arreglos pacíficos, allí donde eran posibles, y censurando las duras medidas tomadas por D. Juan de Austria. Tal proceder se debió á las tendencias del partido que durante aquel año preponderaba en el Consejo de Felipe y que se había hecho omnipotente desde la caída del de Alba, á saber: el partido de Ruy Gomez de Silva, príncipe

(1) Alberi, I, V, 258.

(2) En 15 de abril de 1578 escribía aun Felipe á su embajador en París, Vargas, «que diese á los agentes de María Estuardo todas las seguridades por parte del rey católico, y que hiciese por ella cuanto bueno se pudiese» (Gachard, *La Biblioteca nacional en París*, I, 418).